

jea en el corazón. Ese gigante jamás rribame. Puedo soportar techos, des- retrocede; doma a Ricardo III, que es pués de haber cobijado nidos. Es sa- un leopardo; doma a Calibán, que es grada la morada del hombre y la ben- un mastodonte. El ideal es el vino que digo; en ella te recoges y piensas en el escancia ese Baco. Los seres monstuo- silencio, y entregado al amor; en ella sos que venció y sojuzgó, resuellan a el ruido que mueven los niños se pare- su alrededor; sujeta a Lear, a Bruto y ce al rumor de la hojarasca.—¿Quie- a Hamlet, esos seres enormes; a Capu- res, bondadoso árbol, servir de mástil- leto, a Montaigu, a César, y de la mis- a mi bajel?—Derríbame, buen carpin- ma manera a los vampiros. en los bos- tero, que me place convertirme en pá- ques, a los espectros en las torres, y jaro. El navío es para mí, en el misterio que nos envuelve, lo que es para el mor- siniestramente asustando a Melpóme- tal la tumba; me arranca de la tierra y me transporta al través de los espa- ne, que produjo a Esquilo; blandiendo cios. Iré a ver los sitios donde no se pedazos del alma humana, pedazos de carne de Oteló y restos de Macbeth, se conoce el invierno y las aves me saludan retira a descansar de su trabajo, como al pasar; y así como el sepulcro no león que entra en su guarida a dormir, amedrenta al sabio, no me amedrentan llevando las uñas manchadas de sangre.

París, abril de 1835.

XXVII

LA NATURALEZA

La tierra es de granito, los arroyos son de mármol; el invierno es crudísimo; ¿quieres, árbol bondadoso, servirme de leña en el hogar para calentarme el día de Nochebuena?—Como madera, provengo del bosque, y como fuego, me remonto al cielo: derríbame, leñador, y con toda tu familia calentaos al amor de mis llamas; amad y vivid.—¿Quieres, árbol bondadoso, servir de timón a mi arado?—Sí; quiero abrir surcos en la tierra y sacar de ellos espigas de oro; cuando la llanura está arada es pintoresca y fértil y el alba la sonríe, derramando de placer el rocío.—¿Quieres, hermoso árbol, convertirte en pilar que sustente la casa del hombre?—De-

Enero de 1843.

do el Océano y de toda la tierra, bajo las miradas de Dios, un no sé qué augusto, austero y suave.

XXVIII

«MAGNITUDO PARVI»

I

Era la hora del crepúsculo y paseaba por la orilla del mar. Conducía de la mano a mi hija, niña de pocos años. La tierra se inclinaba como un bajel a punto de zozobrar, y poco a poco se iba sumergiendo en las tinieblas; lentamente aparecía la noche.

*

**

La sombría noche elevaba su frente hasta las nubes; los objetos, amenguados, se borraban, quedando sin forma y sin color, y al mismo tiempo sentía descender la tristeza y ascender el dolor.

*

**

Los pensadores que contemplaban la naturaleza, veían en lo alto del firmamento vaga redondez obscura, inclinándose en los cielos, y extendiendo sobre las montañas, sobre las llanuras y sobre las olas murmurantes la noche silenciosa.

*

**

Las nubes deslizábanse a lo largo de los promontorios; mi alma, en la que se confundían esas obscuridades y esas glorias, sentía confusamente fluir de to-

*

**

Conducía de la mano a mi hija. La noche se difundía como una humareda inmensa; y taciturno contemplaba dentro de mí, con los ojos bajos, las tinieblas en que quedan envueltos nuestros pensamientos cuando tu sol desaparece, Señor.

*

**

De pronto, mi hija, ángel con miradas de mujer, que tenía cogida mi mano y también mi alma, me habló con su cristalina voz; y señalándome el agua y la playa obscuras, y los dos puntos luminosos que titilaban sobre la duna, me dijo:

*

**

—«Papá, ¿ves allá abajo, entre la oscuridad de dos collados, esos fuegos gemelos que brillan como dos lámparas agitadas por el viento? ¿Qué son esos dos luces que se ven a lo lejos?»—«Una es la hoguera de un pastor; la otra es una estrella; ¡son dos mundos, hija mía!»

II

¡Dos mundos! El uno está en el espacio, en el obscuro éter, en la extensión donde todo se borra, y que de día es abismo radiante y de noche es abis-

mo sombrío. Niña; si nuestras dos almas, como dos golondrinas, pudieran emprender rápido vuelo y sumergirse en ese espesor del que la creación mana, en el que flota, vive, muere, brilla y rueda el astro, que es imperceptible para el vulgo, pero que es inconmensurable para el pensador; si pudiéramos franquear esas mudas soledades, si pudiésemos traspasar los azules septentriones, y llegar en el fondo del cielo sin confines a esa pequeña estrella, átomo de fósforo, y se fuera convirtiendo para nosotros en enorme monstruo luminoso; si pudiéramos realizar ese viaje desmesurado y volar de esfera en esfera hasta ese gran sol desconocido; si un arcángel introdujera al hombre tembloroso y ciego, vivo, en las profundidades del problema; si pudiéramos huir de nuestro centro y penetrar en las brumas en la que sólo entra Dios, y ver de cerca en sus inmensos astros esos monstruos de la noche, te asustaría lo que apareciera a tus ojos, ángel mío! No hay en el mundo visión ni loco sueño, a los que no sobrepusiera ese espectáculo extraño, ese mundo vago, encerrado en tal misterio, que sus ardientes rayos fundirían nuestros cuerpos, que se convertirían en cera viva, y el espanto sólo conservaría de nosotros las miradas atónitas y el cabello erizado.

Contemplaríamos la esplendidez de polos, de ejes, de fuegos, de la materia y del fluido, balanceándose maravillosamente; el vasto y magnífico equilibrio del imán que combate, del aire que vibra, de la fuerza esclava y del éter li-

bre. ¡Mundo soñado, ideal realizado, fórmula nueva del abismo, palabra nueva del obscuro libro del cielo!

¡Contemplarías un sol y mundos en su derredor, centros a su vez que tienen lunas que los rodean; aquí el movimiento de las esferas errantes; allí globos gemelos que dan vueltas parecidos, y en el medio esa estrella, inmensamente grande, que causa el incendio formidable de una parte del infinito!

Supongamos que hemos llegado allí. Imagínate que estás viendo lo que nunca se ha visto en la vida; otro mundo, otra ley: la tierra ha huído por la tensión y se ha perdido a nuestras espaldas; ¡un nuevo día! ¡una noche inesperada! ¡otros grupos de astros en el cielo! una naturaleza desconocida que si contemplasen de ella la extraña aurora, haría acudir a Pitágoras y retroceder a Ezequiel.

Lo que creemos que es un monstruo de una hidra; los árboles son fieras; las rocas aullan furiosamente; el fuego canta; la sangre corre por las venas de mármol. ¿Ese mundo es verdadero? ¿Es falso el nuestro? ¿Son posibles para nosotros los imposibles?

la estrella caiga también. ¡La estrella ve llover almas en el sepulcro; el alma verá llover los astros del cielo!...

Si pudiéramos ver los hombres, los bosquejos, los embriones, que son allí lo que nosotros somos en la tierra, ¡cómo nos estremeceríamos unos y otros con este encuentro! Nos contemplaríamos en la sombra de monstruo a monstruo hijos del número y del tiempo que se desvaneció; y si nuestros lenguajes fúnebres pudieran cambiar sus expresiones, nosotros preguntaríamos:—«¿Qué sois vosotras, tinieblas?» Y ellas nos interrogarían a su vez:—«¿De dónde venís, oscuridades?»

¿Tienen como nosotros alma, cerebro y entrañas? ¿Buscan como nosotros la incógnita que no encuentran? ¡Todos esos seres, como nosotros, desaparecen en sombríos torbellinos; la creación mezcla y siembra sus cenizas en nuevos surcos; a un viento sucede otro, que pasa sin dejar rastro; el mismo soplo los crea y los disuelve; el abismo en el que dominan los cuatro vientos, confunde por siempre jamás sus llamas con la sombría caída de almas, de fantasmas y de vivos!

El abismo parece loco bajo el huracán del ser. Ruge una horrorosa tempestad alrededor del astro esplendoroso: todo debe surgir, flotar y desaparecer, hasta que la noche a su vez se duerma, porque llegará un día en que

Dentro de poco, hija mía, verás en el informe espacio pasar velozmente un planeta. Al principio sólo es un punto negro en lontananza, pero más rápido que la tromba, llega y se aproxima; apenas brilla su aureola llenando el cielo, empieza su redondez fiera a ocultar el abismo.

¡Es el planeta; aparece, se oculta, mengua, palidece, se borra y entra, átomo obscuro, en el cielo tenebroso, y todo en él se desvanece, su vasto aspecto, su sublime lumínar!... ¿Qué es ese proyectil ignorado del abismo? ¡Proyectiles monstruosos que son mundos!

En profunda lontananza rueda gimiendo con fuerza un espantoso Saturno, dando vueltas a su anillo resplandeciente, dejando caer, como de una criba, una lluvia de fuego; Juan de Patmos, ese espíritu terrible, vió en sus sueños ese tremendo astro y cayó al suelo desvanecido, porque como estaba ideando escribir su epopeya, creyó ver huir, envuelta entre relámpagos, una rueda desprendida del sombrío carro de Adonai.

*
* *

Momentos después, por entre esos universos, surge promoviendo gran estrépito un cometa con crines de fuego y con ojos de rayo; les mira con obstinación, se les aproxima, brilla y luego se escapa lanzando alaridos, pálido y sobrenatural, arrastrando tras él la cabellera esparcida, como una espantosa Canidia que huye.

*
* *

Algunos de esos mundos mueren conmovidos por el simoun y por el maestral, y sollozando y llorando arrojan de sus entrañas una hoguera central; esferas por la nieve entorpecidas, padecen raras enfermedades, pestes, diluvios, incendios, temblores repetidos y profundos; su propio abismo los consume; su aliento lanza llamas y humo; y a lo lejos, envuelta entre la niebla, se oye que los agita la tos lúgubre de los volcanes.

*
* *

Existen y caminan: éstos resplandecientes, aquéllos disformes, encerrando todos seres vivos y creaciones; proyectan en el azul del espacio conos enormes de sombra, tinieblas que atraviesa la luz del cielo, en las que la mirada, a guisa de antorchas formidables extinguidas unas después de otras por bocas invisibles, ve sumergirse sucesivamente las constelaciones.

*
* *

¿Qué Zorobabel tremendo, qué Dédalo vertiginoso, ha levantado en lo insondable ese brillante caos? Soles, astros de largas colas, abismos de infinitas leguas, sombrías arquitecturas, ¿qué mano creó y produjo esas torres de oro, que no puede contemplar mirada alguna, esos firmamentos que se confrontan, esas Babels de estrellas que suben en esas Babilonias de la noche?...

*
* *

¿Quién en la sombra viva y en el alba fúnebre, quién en el horror fatal y en el amor profundo, torció, cielo, tu luminosa y siniestra espiral, en la que los universos se forman y se desmoronan? Los reclama a la vez un doble abismo. Inmensidad, dice el ser: Eternidad, dice el alma. Lo que no tiene fin rueda eternamente en lo que no tiene fondo.

*
* *

El desconocido, de quien muchos sabios han dudado, el rostro impassible y mudo que vela la eternidad, para hacer ver las tinieblas al crimen y la luz al justo, arrojó en tropel confuso al abismo todas esas máscaras, oscuras o luminosas, que en los éteres inaccesibles flotan, visibles o velados; ¡esas máscaras que nosotros llamamos soles!

*
* *

Y los pueblos vieron pasar en las sombras esos espectros de la noche, que nadie pudo penetrar; y los flamines, los santones, los brahmanes, los magos y los guebros exclamaron a un mismo tiempo: — «¡Júpiter! ¡Alá! ¡Vishnou! ¡Mithra!» Llegará un día que en los sitios bajos, lo mismo que en las alturas, todos esos fantasmas hoscos se borrarán disipándose, y entonces la faz inmensa y tranquila aparecerá.

III

Hija mía, el otro mundo de esos dos es el corazón del hombre. A veces, como la perla en el fondo de las olas, Dios pone un alma en el fondo de los bosques. Dios oculta a un hombre entre la espesura de la selva, y le consagra en esos austeros lugares con el silencio de las llanuras, con la sombra de los montes y con el azul del cielo. Pequeña, la noche con su misterio invade lentamente el espíritu del involuntario sacerdote que se calienta cerca de una hoguera. Ese hombre vive en algún edificio arruinado, entre zarzas y entre lagartos; casi convertido en salvaje, no tiene más apoyo que el cayado; en cuanto le ve el hombre, huye de él. Sólo los animales se le acercan. Es un ser crepuscular, cuyo encuentro nos llena de pavor; es pastor durante el día y duende durante la noche. Lleva para vivir entre escombros un saco grosero, sudario que han agujereado los clavos del ataúd de la miseria. El manzano le deja caer sus manzanas; vive solitario; vive lejos de los hombres; es un habi-

tante del olvido, es la indigencia cubierta con un sayal, es un viejo que vegeta en la miseria, un andrajo en una choza, un espíritu en la inmensidad.

*
* *

En la translúcida naturaleza es el ojo de miradas ingenuas, el pensador con alma ignara, el viajero que camina con los pies desnudos. Es un corazón, es una pupila, es un ser que sufre, es un soñador, sobre el que la antorcha eterna hace temblar su resplandor rojizo. Vive allí con el alma extasiada en el cielo, y cerca de la encendida hoguera, pensando que es también él un tizón casi consumido por la vida. Vive sin temores en aquellas soledades, porque sabe que no le han de faltar, ni hierba para pacer su ganado, ni leña para encender la hoguera. Nuestras ambiciones, nuestras luchas y nuestros desastres los desconoce por completo; sólo piensa en el día, en la noche, en que le miren las estrellas y en que le mire su perro. El rebaño está ya reunido, y él, que es su amigo y su pastor, es el único que está despierto, como un genio que vela sobre un pueblo que duerme. Sus ovejas, que cualquier ruido despier- ta, entreabriendo los ojos a la luz de la hoguera, entreven la figura del pastor en la obscuridad, y apaciblemente gozan del sueño durante toda la noche, creyéndose seguras bajo la protección del guardia que le sirve de Providencia.

*
* *

El pastor, pobre y casi sin ropas, comiendo pan moreno, piensa en su soledad; únicamente conoce del mundo lo

que sirve de pasto a las ovejas. No obstante, sabe que el hombre sufre, pero él sondea el éter profundo. La soledad es a la vez abismo y montaña. En cuanto sube a la cumbre, el cielo recobra a ese extranjero; la Judea tenía profetas y la Caldea pastores; escudriñaban el cielo unos y otros, y más tarde, por inspiración divina, del profeta nació el apóstol y del pastor el augur. Las muchedumbres se burlaban de ellos, pero debió el hombre en los tiempos primitivos la ciencia a aquellos ignorantes y la sabiduría a aquellos locos. La noche, sirviéndoles de severo testigo, vió encontrarse en las cumbres, faz a faz y misteriosamente; a los profetas y a los pastores.—«¿Dónde vais, temblorosos profetas?—¿Dónde vais preocupados pastores?» Así se preguntaban unos a otros, y una voz en las tinieblas les decía:—«¡Caminad!» Y aun no se sabe si subieron más gradas los Zoroastros o los Abrahames; y cuando nuestros ojos, que los contemplan, desean medir su camino y saber cuáles son los que ven más luz en la pupila humana, rompiendo el velo del oscuro pasado, flota continuamente nuestro espíritu entre los que contaban las estrellas y los que contaban los rebaños.

*
* *

En nuestros días, en los que finalmente ya dora el alba las orillas del barranco de la vida, el pensamiento del hombre se acerca más que en aquellos tiempos al ideal divino. El hombre, envuelto aún en las sombras, en el cielo que le abrió Jesucristo, como a través de un telescopio, mira a través de su espíritu. El alma humana, después del martirio del Calvario, tiene más gran-

deza y más luz, y el cristal de aumento con que mira engrandece más la visión. La venerable soledad hace adelantar hoy al hombre que se consagra a ella, en lo impenetrable, le conduce más lejos en lo desmesurado. Si entre los seres humanos, a los que el número y el tiempo engañan a la vez, la multitud desagua en la sombra a los que viven en la soledad, y les ilumina. El desierto nos invita a volar al cielo; el hombre es el único ser que ve fuera de la vida y levanta de antemano su sudario. Habla a las voces que Dios hizo callar, confundiendo en su frente los perturbados resplandores de la tierra con los apacibles rayos sepulcrales. En el desierto, el espíritu que piensa, sufre gradualmente la dilatación inmensa del infinito misterioso y se sumerge en sus entrañas. Con calma saborea lo real y lo verdadero, y toda la grandeza que le rodea penetra en él de un modo confuso. Sin darse cuenta de ello, camina, se doma y engrandece su razón, germina como la hierba en el campo y asciende como la aurora en el espacio. Ve, adora, queda asombrado; oye el clarín del cielo y la música universal en el universal silencio. Con sus flores de puros cálices, con su mar embravecido, que besa como cómplice la boca áspera del escollo; con sus verdes prados, con sus oscuros montes, con sus nieblas fugitivas, con su eco que repite todas las voces de lo ignoto, la soledad alumbra, inflama, atrae al hombre hacia los grandes imanes, y poco a poco llena su alma de todos los deslumbramientos. El corazón del hombre palpita y vibra, abriendo las alas y los ojos; es extraño pájaro, que es más libre cuanto más asegura el misterio. Siente el hombre crecer en él, por momentos, la fe, el amor secreto y la memoria anterior que

le llenaba de vasto olvido. Con insaciable sed en su pasado vertiginoso ve revivir otras vidas; busca en el fondo de sombríos domos las formas bajo las que él brilló, y oye que sus propios fantasmas le hablan. Se da cuenta de que la aventura de la vida sólo es una aparición, y exclama:—«Cada criatura es toda la creación. Morir es conocer, y a tientas buscamos esa salida. Fuí, soy y debo ser. La sombra es una escala; arriba! La verdad es el centro; lo demás todo es ficción o ruido. Busquemos al león y no su guarida; vamos adonde el ojo fijo reluce.» Siente que nace en él algo superior al hombre; siente, hasta en sus visiones, que en su ser poco a poco se va infiltrando la claridad de los soles; éstos dejan de ser un problema para él; el astro es un misterio; él quiere lograr algo más, y recibe de sus rayos la mirada que va más lejos que los astros.

*
* *

Mientras nosotros, habitantes de las ciudades, creemos levantar un inmenso vuelo cuando refleja en nuestras pupilas el espectro de una estrella de oro, y sabios miopes, nos abrasamos en el primer astro que pasa, como las mariposas con la luz de las lámparas, y olvidando lo indispensable, satisficiéndonos lo incompleto, creyéndonos suficientemente alumbrados con las claridades de fuegos fatuos, tomamos por seres esos fantasmas celestiales, queriendo formar una ciencia con formas que se desvanecen, no comprendiendo que para distraernos de la tierra, a la que el hombre está condenado, otro mundo, el tenebroso hermano de nuestro globo, como pájaro nacido en una jaula, que cuando huye vuela mal, no sabe hallar el bosque y vuela de techo en techo; buscadores, cautivos de la nada, al pasar por las tinieblas tenemos la curiosidad vana que tiene el arador por el gusano de luz, polvo que admiramos el polvo, perseguimos con obstinación, siendo granos de ceniza, un rayo de luz, que huye por el espacio. Mientras nuestra alma cansada se detiene en el umbral del cielo y va a picotear en el firmamento una migaja del infinito, el pastor, ese frágil pasajero, ese pobre guardián del ganado que la catedral eterna abriga bajo su eterno pórtico, ese hombre ignorante, ese amigo de los árboles que no conoce más lira que la de los bosques y la de los vientos, cuya alma parece adormecida, vuela, y alcanzando lo que se propone, bebe con la copa de Orfeo en el manantial que hizo brotar Moisés. Ese pastor que no sabe leer, indigente, sólo en su Tebaida, sin maestro y sin guía, registra y escudriña desde su tranquila morada a los cielos oscuros y a los horizontes azules; está sólo cuando mayo vacía su cestilla, cuando octubre llena su cesto, cuando el invierno sopla y ruge, cuando el mar hace zozobrar a los navíos; está solo sobre el áspero montículo a la hora en que bajo el cielo dormido las Medusas del crepúsculo asoman vagamente los horrorosos rostros; está solo por la noche cuando su rebaño duerme, cuando la tierra y la inmensidad se cierran como enormes labios, cuando aparecen los primeros resplandores del día; está siempre solo, olvidando en la contemplación de esos soberbios espectáculos, la pobreza de su traje, la frugalidad de sus comidas, comparando la dulzura de las rosas con la dulzura de las ovejas,

escudriñando el ser, el amor, la muerte, las flores y los frutos; y viendo la aurora de lo ideal aparecer en esa noche, siente que sus miradas se brillantan, y sobrepujando a las demás criaturas y engrandeciéndose más cada instante, contempla tanto a la naturaleza, que ésta desaparece ante él, porque remontándose desde los efectos hasta las causas, la vista atraviesa el espejo y llega hasta el fondo; el que contempla mucho los objetos, acaba por no verlos, hija mía. La materia destruida se desvanece ante los ojos de lince del espíritu; ver es rechazar; perseguir el enigma es olvidarse de la esfinge. El pastor no ve ya el reptil que se arrastra, la hoja muerta que se lleva el viento, la pradera, el manantial donde el pájaro bebe, ni la abeja, luz alada; ni la flor, perfume brillante; ni el árbol, en cuya dura corteza un día el amante grabó su nombre, que hacen crecer los años a medida que su amor decrece. No ve ya ni la viña con sus racimos maduros, ni la aldea con sus chimeneas humeantes, ni oye el murmullo de los campos, ni el rugido de los mares, ni ve la blanca claridad de la aurora, ni los rayos rojizos del sol poniente, ni el montón de rica pedrería que forman las constelaciones, ni los mundos, bajeles sin velas, ni en el cielo infinito y sin centro las innumerables estrellas; sólo ve un astro; ¡sólo ve a Dios!

*
* *

Mira y contempla a Dios, visión que nada interrumpe, y se convierte en tumba y se convierte en templo, y el misterio irradia de su frente. Con sus miradas serenas, que ondean en la som-

bra, comprendió, conquistó y ama; el alma viviente entre nuestros tenebrosos espíritus; marcha feliz y envuelto en auroras; cree y acepta, y nunca cae contra el escollo de la duda. La duda que rodea al vacío, borde que nadie puede traspasar, ante el que nos detiene nemos estúpidamente, exclamando: «Avanzar es caer.» La duda, peñasco cuyo alrededor nuestros pensamientos vagan y se alejan de los florecientes prados, alrededor del que van y vienen dispersas las cabras del espíritu. Cuando Hobbes dijo: ¿Qué es la base? y Locke preguntó: ¿Qué es la ley? ¿qué le importaba en su espléndido éxtasis estos diálogos del terror? ¿Qué le importa a ese anacoreta, que vive en la caverna de la verdad, que el hombre crea en la claridad de la noche que le envuelve? ¿Qué le importan la filosofía, el cálculo, el álgebra, que en las altas cimas petrifica el miedo al infinito? Claridades son que osbeurece el humo. Esas mal llamadas ciencias, ¿qué saben? ¿Qué sabe el ciego Ptolomeo ni el mudo Newton? ¿Qué le importan todas esas cosas limitadas, grandes o pequeñas? ¿La sombra que proyectan las chimeneas equivale a la que proyectan los volcanes? ¿Qué le importan las larvas ni las cenizas que en rápidos torbellinos pueden adquirir las formas de los volcanes? ¿Qué le importa la triste confianza de las criaturas en sus nocturnos ruidos? La tierra exclama: —¡Yo existo!; y el sol replica: —¡Yo soy! Cuando el espectro asegura su aparición en el misterio, ¿qué le importan a los ojos solitarios que se desvanezcan los rayos del sol? ¿Qué le importa el astro, altar del sacerdote de su propia religión que se levanta sobre el ser se llama abismo y legión?

*
* *

¿Qué importa a su sagrado carácter los mentís audaces que da a los soles el cometa, este heresiarca de los cielos? ¿Qué le importa la triste seguridad de las criaturas en su ignorancia? ¿Qué le importa la bruma espesa del tiempo, ni la ilusión del espacio, ni la eterna espuma del Océano de la creación? Aspira, fuera de lo inabordable y de lo sobrehumano, las delicias de lo formidable, la áspera embriaguez de lo ideal; su ser se sumerge en el golfo azul, en el que sublimemente naufraga, murmurando sin cesar: —«Dios.» En continuo éxtasis piensa, elevando los ojos y el alma a las alturas, en la imbecilidad de los labios que pronuncian cualquier otro nombre.

*
* *

El pastor ve ese sol único que fecunda y que crea con la luz que comunica y que iguala al átomo con el gigante; que siembra de soplos, de olas y de rayos los torbellinos en la obscuridad; llevando de mundos luminosos la espantosa inmensidad; que mueve en la sombra y en las brumas, fuerzas sombrías en las alturas, que hacen el ruido de yunques golpeados por martillos misteriosos. Dulces ruidos para el nido de los petirrojos, terrible para los satanes que destruye, y, como a los tenues resplandores de una fragua, un muro se ilumina en la obscuridad.

*
* *

En la noche que rodea a los morfales, se reconoce en la tierra, por su claridad

entre los hombres, al alma que reverbera a Dios, y el pastor se convierte en ser augusto. Hija mía, esa claridad, hermana de la que alumbra a los genios, que se compone de los rayos puros y de las armonías que flotan en todos los éteres, que es más hermosa en una cabaña, esa deslumbrante luz, esa claridad del corazón humano, se llama en el mundo Inocencia, antes de que el hombre luche con la tempestad, y Virtud, cuando el hombre sale vencedor de la borrasca.

*
* *

He aquí lo que da la soledad al hombre; le hace ver mejor a Dios, que consagra la obscuridad, da esplendor al pastor que en ella se sumerge, y en las profundidades de su inmenso éxtasis te ilumina, ¡oh, verdad!

*
* *

Da al ignorante la verdadera ciencia, lo que el cedro ve, lo que adivina el olmo, lo que la encina siente; Dios, el ser, el infinito, la eternidad y el abismo, se confunden en la obscuridad con el candor sublime del estremecido pastor.

*
* *

Del hombre, que sólo es una lámpara, ella hace una estrella, y el pastor, vestido de andrajos, se convierte en mago; y hay momentos en los que ante las flores, que son el perfume del templo, y ante los árboles, que son sus columnas, aparece coronado con una tiara de astros y vestido con una túnica resplandeciente.

ña, la hierba y la roca con la tierna
majestad de su corazón inocente,

*
**

El no sabe que posee esta grandeza
sombria. Sentado alrededor de la ho-
guera, en la que arden zarzas y mato-
rrales, se absorbe en sus pensamientos,
y sin orgullo y sin envidias, se encorva
y comprende así mejor, cerca del abis-
mo de la vida, el abismo de la nada.

*
**

Cuando sale de su sueño y vuelve a
contemplar la naturaleza, habla a la
nube que vaga a la ventura en el azur
emigrante, y dice:—«¡Qué puro es tu
perfume, oh clemátida!» Y dice al tier-
no pajarillo:—«¡Qué pequeñas son tus
alas, pero qué grande es tu vuelo!»

*
**

Por la tarde, cuando ve regresar ha-
cia las aldeas a las espigadoras y a los
leñadores cargados y a los pobres caba-
llos de labranza sobre los que el traba-
jador desahoga su cólera a latigazos;
cuando ve que pasan los forzados arras-
trando sus cadenas, los soldados y los
pescadores, envía a todos desde lo alto
de la obscura montaña la universal ben-
dición que saca del pozo insondable del
amor.

*
**

Y mientras que permanece allí, vi-
viendo en la colina, contento, llenando
el valle, el campo, el techo de la caba-

Si por casualidad pasa por allí uno de
esos grandes espíritus, que el mundo
combate y persigue, uno de esos espí-
ritus que temen a la vez a la tierra, al
cielo, al hombre y a Dios, quizás ese
pastor apacible, quizás puede arrojar
sobre él alguna claridad profunda que
le libre de esas tempestades y que le
enseñe y le conduzca al puerto.

*
**

De este modo, quizás la hoguera en-
cendida en lo alto de las rocas la perci-
be desde el mar alguna nave que está
a punto de zozobrar entre el cielo y el
agua; y el reflejo rojizo de la hoguera
la guía desde lejos, y las mismas llama-
mas que calientan al pastor, sirven pa-
ra salvar al navío.

IV

Y continué, mostrando a mi hija la
hoguera del pastor y la luminosa es-
trella:

*
**

—De esos dos fuegos que alumbran
la obscuridad de la noche, uno revela
la existencia de un sol y el otro anun-
cia la existencia de un espíritu. Son el
infinito que nuestras miradas sondean.
Nos dan la medida de Dios, que es el

único que concibe y que crea. El astro
lo prueba y el espíritu lo ve. El alma
es más grande que el mundo.

*
**

*
**

Niña, ese fuego del pastor confundi-
do con esa alma, y ese astro, que da
esplendor a la techumbre estrellada que
guarda el relámpago y el trueno, esos
dos faros del abismo, esos dos ojos de
la noche, se miran en la inmensidad.

*
**

Ellos se conocen; el astro envía al
fuego de los bosques todas las enormi-
dades del abismo, los besos del sober-
bio azur, el deslumbramiento de las vi-
siones de Endor, y el fuego del pastor
envía a la estrella las estremecimientos
de las briznas de la hierba

El fuego del pastor dice:—«La ma-
dre llora, el niño tiene frío, el padre
hambre, el abuelo está fatigado; reina
la obscuridad; la ascensión es ruda; los
pasos tiemblan, alumbrados apenas por
la agitada antorcha, el hombre anda ti-
tubeando en la cuna, y tropezando cae
en la tumba.» La estrella responde:—
«Es cierto!»

*
**

De cada uno de estos fuegos se des-
prenden dos rayos de luz fraternales,
uno lleno de humanidad y el otro de cie-
lo: Dios los coge y junta sus dos luces,
y en su mano hace abrir, para los que
le aman, un águila de llamas, de la que
el rayo de luz de la tierra y del firma-
mento forman las dos alas de la oración.

Ingouville, agosto de 1839.